

*LO COMUNITARIO-POPULAR EN MÉXICO.
DESAFÍOS, TENSIONES Y POSIBILIDADES.
LUCÍA LINSALATA (COORD.), 2017*

Bajo el Volcán, año 17, número 26, marzo-agosto 2017

Börries Nehe

“Vivimos tiempos oscuros de renovada violencia y ciega barbarie; tiempos de profunda reestructuración e ilimitada expansión del dominio del capital sobre el mundo de la vida humana y no-humana.” El diagnóstico del cual parte la obra colectiva *Lo comunitario-popular en México: desafíos, tensiones y posibilidades*, coordinada por Lucia Linsalata, difícilmente podría ser más sombrío. Y el hecho que las autoras y los autores reunidos en este volumen están decididos a enfrentarse a ese diagnóstico y pensar nuestra actualidad a partir de ahí, en vez de esconderse detrás de un vacío discurso esperanzador tan en boga en cierta izquierda académica, es un primer punto notable de esa obra.

En cierto sentido ese reconocimiento de la desesperanza de nuestro presente es, además, la razón de ser de ese libro: en los siete artículos reunidos los autores se someten a la tarea de pensar el difícil panorama de las luchas sociales en el México contemporáneo en toda su ambigüedad: Por un lado, a pesar del desgaste generado por la brutal represión y la violencia extrema, las personas y colectivos no han dejado de luchar –en Atenco, en Oaxaca, en la Costa Chica y las montañas de Guerrero, en Cherán, Wirikuta y un sinnúmero de otros lugares se han levantado para frenar el avance del capital y defender su territorio, su *ser* y su *estar* colectivos. Por el otro lado, son innegables la fuerte fragmentación, las múltiples

riñas internas y las grandes dificultades de construir un discurso y una praxis articuladores de los propios movimientos sociales.

Ante este panorama, se ha respondido generalmente de dos maneras: la vieja izquierda estatista, convencida de que la lucha es *una sola*, suele preguntar por lo que les “falta” a los movimientos para su unificación, y para darles “dirección” (un partido, un líder, un programa...); por su parte, cierta nueva izquierda -borrosamente “posmoderna”-, se ha limitado a festejar la *diversidad* de las luchas bajo el paradigma de los “nuevos” movimientos sociales.

“Leer” las luchas sociales en México “en clave comunitario-popular”, como sugieren los autores, es una propuesta teórica-práctica que busca superar esa dicotomía entre “unidad” y “fragmentación” de las luchas, para encontrar lo que ellas comparten, lo que tienen, hacen o pueden hacer *en común* sin pretensión de “unificarlas” ni en la praxis, ni bajo una categoría analítica impuesta. En vez de preguntar por lo que podría “faltar” a los movimientos para alcanzar una imaginada “plenitud (revolucionaria)”, preguntan por la fuerza social que sostiene las rebeldías concretamente existentes. En vez de limitarse a enumerar las luchas festejando el fin del paradigma de la lucha de clases, preguntan: “¿Cuáles son los sentidos comunes y las reverberaciones que resuenan en esta difusa disidencia social y, de alguna manera, la articulan?” Lo *comunitario-popular*, en vez de un concepto teórico rígido, constituye una *forma de mirar*, un punto (entre varios) desde el cual podemos leer o *comprender* las luchas en México para “distinguir en las singularidades de cada una de ellas posibilidades de enlace y reconocimiento horizontal de esas mismas particularidades con otras experiencias”, como señala Raquel Gutiérrez en el prólogo.

Precisamente en esta propuesta de dos reconocimientos (el de la particularidad de cada lucha, y el de lo que tiene en común con otras luchas) yace la riqueza de la noción de lo comunitario-popular, que es pensada en una doble dimensión: como un horizonte de transformación social y, al mismo tiempo, como una práctica cotidiana de lucha. Si bien ambas dimensiones pueden (y suelen) encontrarse en una relación tensa y ambigua, ambas apuntalan

a una forma *otra* de concebir y hacer la política –a una “re-apropiación social tanto de las riquezas materiales [...] como de las capacidades políticas para producir conjuntamente decisiones sobre cómo gestionar y usufructuar tales riquezas concretas”–, como indica Lucia Linsalata en el texto introductorio.

Esa forma *otra* de pensar y hacer política tiene como su eje de gravitación la reproducción concreta de la vida de las comunidades humanas, y no la expansión y valoración del capital. Desde luego que las prácticas y concepciones denominadas comunitarias-populares abren oportunidades de *fuga* de las relaciones de explotación capitalistas y de las relaciones políticas de dominación estatal; agrietan el caparazón de los mecanismos del capital y del estado y producen –o buscan producir– un presente *otro*: siempre en obra negra, siempre inconcluso, y siempre buscando ir más allá de sí mismo (que es la razón por la que es reprimido con tanta violencia).

Con esta propuesta, se toma también una posición clara ante las críticas que pensadores como John Holloway han dirigido hacia aquellos que hoy en día están repensando lo común y la comunidad, en el sentido de que estos conceptos descuidarían la dimensión de *lucha*. El libro constituye un ejercicio por pensar las luchas por la autonomía y su potencial no sólo *in situ*, sino también en cuanto a las posibilidades de articulación y *comun*-icación en escalas mayores. Al hacer esto, los textos reunidos en la obra están muy lejos de reproducir un discurso que imagina la “comunidad” como una especie de refugio ante los males del mundo –por el contrario, discuten críticamente los *procesos* de reconstitución de comunidades ante la expansión desenfrenada del capital, dirigen la mirada hacia las dificultades y contradicciones de los esfuerzos por pensar y hacer una política diferente, y preguntan tanto por las posibilidades como por los límites de la articulación de experiencias diversas.

Tanto el rechazo a subsumir la diversidad de las luchas bajo una única categoría teórica clasificatoria como la tensión creativa entre lo particular y lo común se reflejan en la organización misma del libro, dividido entre una primer parte de tres artículos

que ofrecen claves teóricas e históricas para pensar las luchas en defensa de lo común, y una segunda parte de cuatro artículos que discuten procesos concretos de recomposición comunitaria en el México contemporáneo. Es de subrayarse que el concepto de lo “comunitario-popular” no necesariamente constituye el denominador común, o consenso teórico, de todos los artículos. *Lo comunitario-popular en México: desafíos, tensiones y posibilidades* no pretende abundar teóricamente ese concepto, que desde hace algunos años ha sido trabajado de manera muy fructífera sobre todo por pensadoras que, como Raquel Gutiérrez, Lucía Linsalata, Mina Lorena Navarro o Huáscar Salazar, han realizado su trabajo en torno al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, que también publica este libro. No obstante, todas las contribuciones a ese libro *pueden* leerse a partir del mirador de lo comunitario-popular –y todas ellas enriquecen nuestra comprensión de esta clave de lectura de la actualidad mexicana.

Ese acercamiento poco común a lo que supondríamos constituye el “objeto” de un libro académico queda expuesto ya desde el primer artículo, “Horizontes popular-comunitarios en México a la luz de las experiencias contemporáneas de defensa de lo común” de Raquel Gutiérrez. Gutiérrez, que ha elaborado la noción de lo comunitario-popular en sus trabajos sobre el mundo andino, cuestiona críticamente su valor explicativo para la realidad mexicana. Con el afán de buscar lo que comparten las diferentes luchas en México, ella aboga por darle prioridad analítica a los contenidos *populares* de las luchas, en las cuales sólo a veces se despliegan horizontes y prácticas comunitarias. Las razones de ello habría que buscarlas, según la autora, en la formación histórica del estado y “pueblo” mexicanos, ya que la mexicana constituye “una forma estatal de estructuración de las relaciones sociales basada en la negación de dos pilares básicos de las formas sociales comunitarias”, a saber, la disposición autónoma y colectiva sobre las riquezas materiales que a su vez habilita “la regeneración-reactualización reiterada y variopinta de formas políticas no liberales”

que regulan el usufructo de esas riquezas. A partir de una rica reflexión sobre la relación histórica entre estado y sociedad en México, Gutiérrez sostiene que el paradigma “nacional-popular” que ha marcado la política desde la época posrevolucionaria hasta los años 80 ha implicado una estructuración de “lo popular” de forma corporativa, negando sistemáticamente los sujetos políticos que llevaron a cabo la revolución. Las figuras del *despojo* (de la capacidad de decidir por sí misma/os, de las riquezas materiales, etc.) y de la *tutela* son las que más claramente describen la relación estado-sociedad, caracterizada por demás por “concesiones” puntuales con las cuales la estructura política “concede” u “otorga” ciertos espacios de participación limitada a las organizaciones de la sociedad.

En esta relación, Gutiérrez sugiere pensar lo popular como un ámbito “en y desde el cual los sujetos subalternos se posicionan para dialogar con el poder”, dando lugar a una configuración compleja y siempre tensa de lo popular, que “es desborde y al mismo tiempo es contención; es insubordinación que desafía las decisiones de los gobernantes para inmediatamente negociar con ellas”. Mientras que en otra geografías lo comunitario da forma a lo popular, en México sería el contenido popular el que, a veces, despliega lo comunitario cuando, como ocurre en la lucha zapatista, se reactualizan capacidades políticas *otras* cuyo fin es el cuidado de lo común y de la comunidad.

En su artículo “Luchas por lo común contra el despojo capitalista en México: tramas indígenas y campesinas en defensa de la vida”, Mina Lorena Navarro, por su parte, discute el amplio panorama de las luchas contra el despojo por parte de empresas transnacionales coludidas con las instituciones estatales mexicanas, enfocando su atención en la actualización de nuevas capacidades sociales orientadas a la producción de lo común. La autora comprende los conflictos socioambientales actuales, cuya *numeralia* (más de 40 defensores asesinados en 8 años, más de 350 personas presas o con órdenes de aprehensión, etc.) es simplemente espeluznante, como expresión de un nunca acabado pro-

ceso de acumulación originaria, que separa a los seres humanos violentamente de sus medios de producción, de su territorio, y de sus comunidades.

Ante ello, han sido principalmente los movimientos indígenas y campesinos los que han resistido la embestida de las empresas y del estado –y en muchos casos, con bastante éxito, ya que lograron retrasar o frenar por lo menos temporalmente la implementación de los megaproyectos que amenazan sus medios de existencia. “Esto –señala Navarro– fue conseguido a partir de la conformación de novedosos procesos de autoorganización social, la actualización de prácticas sociales preexistentes de producción de comunes y/o la ampliación de la gestión comunitaria hacia ámbitos que anteriormente no estaban regulados de esa manera”.

De esta manera, el momento de expansión extremadamente violenta del capital ha sido respondido, en diversos lugares, con una reactualización de prácticas e imaginarios que recomponen tramas comunitarias y además reconectan éstas con el mundo natural, degradado y fragmentado como “recursos naturales” por el capital. Es de mencionarse que Navarro no oculta las enormes dificultades y contradicciones inherentes a esos procesos –al contrario, al hablar de procesos de recomposición comunitaria *en marcha*, arroja luz sobre las inevitables tensiones no sólo “hacia fuera”, sino también en su interior.

Esta primera parte del libro cierra con el artículo “Conocimiento y sujeto revolucionario: entre lo comunitario y lo popular”, de Francisco Javier Gómez Carpinteiro, quien discute críticamente la pertenencia de lo comunitario-popular, en concreto a partir de una revisión de la vinculación entre experiencias históricas y la generación de conocimientos en la formación de los sujetos políticos. En vez de buscar las claves de la emancipación en un horizonte revolucionario que podría describirse como comunitario-popular, Gómez sostiene que la formación de los sujetos colectivos contrahegemónicos “es un proceso social que debe verse en el tiempo y en la producción de conocimiento para el cambio”.

Lo comunitario, nos recuerda el autor, ha servido a lo largo de la historia *también* como dispositivo de la dominación, como ocurre con la “comunidad estatal” –observación a la que ciertamente se podría responder que, en el fondo, hay dos nociones inconmensurables de “comunidad” en juego, la de la “comunidad ilusoria” del estado de la cual habla el autor, y la de las comunidades concretas cuya existencia no se limita a un “horizonte”, sino que se reproduce a través de la praxis de lo común. Eso aparte, es sin duda útil y refrescante, además de una loable decisión editorial, contar en este libro con un artículo que desde una posición que se reivindica como cercana a la de Holloway, problematiza la noción de lo comunitario-popular y sostiene que este concepto “abreva del pasado para encontrar valores esenciales y proyectarlos con el objetivo de construir una idea de sociedad autónoma, sin problematizar qué peligros conlleva el empleo de ciertas mistificaciones”. A partir de ahí, Gómez discute la relación histórica de poblaciones mexicanas con el estado, y subraya que experiencias como la zapatista implicaron procesos de diálogo entre diferentes en los cuales se construye memoria y significados otros que *comunizan*.

La segunda parte de este libro parece, felizmente, desmentir las preocupaciones de Gómez Carpinteiro, pues no se encuentra aquí olvido del pasado y mistificación, sino cuatro artículos que discuten prácticas e imaginarios (o discursos) concretos y concretamente realizados/producidos.

Daniele Fini contribuyó un notable artículo sobre “La ‘Comunitaria’. El Sistema de Seguridad y Justicia Comunitaria de la CRAC-PC en Guerrero”, de gran claridad expositiva y basado en un importante trabajo en las comunidades guerrerenses. Esto le permite presentar no sólo un panorama amplio y complejo de los procesos organizativos en esta región, sino también una rica reflexión propia sobre ellos. El texto, al discutir la construcción de la CRAC-PC desde los años 90 hasta hoy, no oculta los problemas y las dificultades a los cuales se enfrentan procesos organizativos como éste, ni tampoco los exterioriza. Por el contrario, discute abiertamente esas tensiones, no a través de una posición objetivizante externa de un científi-

co distanciado, sino a través de las voces de las y los protagonistas. A partir de ahí, Fini discute de manera muy convincente la tensión entre los proyectos de autonomía y la relación estatal, y las respuestas que a ella buscan las y los integrantes de la CRAC-PC, problematiza la temporalidad de la experiencia organizativa así como las cambiantes relaciones de fuerza internas, y arroja luz sobre el potencial y las dificultades del reciente proceso de ampliación de las actividades de la CRAC-PC.

En su texto “Lo que vale la pena de la experiencia mediada por violencia Derecho y esperanza en la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO)”, Fernando Matamoros Ponce propone una mirada y un lenguaje muy diferentes al resto de los artículos de esta publicación, que sin embargo no deja de ser pertinente para la discusión. Matamoros propone una relectura del sentido que las nociones del “derecho” y de la “esperanza” adquirieron durante las luchas de la APPO para, como dice el autor, desenterrar “utopías escondidas en imágenes oníricas en reposo”. Ante el derecho de matar que se auto-asigna el estado mexicano, las y los manifestantes dieron forma a un derecho otro que es el derecho a la vida. En un contexto de brutalidad estatal, la esperanza se nutría de imágenes y símbolos colectivos “enterrados” en tiempos cotidianos.

“Cherán: renovar la existencia en comunidad”, de Paulino Alvarado Pizaña, constituye una reflexión riquísima sobre la experiencia de lucha de esta comunidad. Alvarado describe los complejos procesos de movilización en Cherán, poniendo especial énfasis en la producción de un espacio-temporalidad *diferente* –las *fogatas* aparecen como lugares de sociabilidad, reflexión y producción concreta de lo común, porque hacen *público* lo que hasta hace poco era considerado privado (o doméstico). Los lugares-fogatas posibilitan, a su vez, la actualización de los entramados políticos barriales, que tendencialmente se expanden a escalas mayores. Todo ello implica una reconfiguración profunda de las relaciones sociales –aquellas entre ámbitos de producción y reproducción, entre lo privado y lo público, y también entre el mundo humano y el

no humano. El autor identifica esta relación con “el mundo habitado”, junto con el “sentido colectivo de la existencia”, como elementos centrales para el “ser comunidad” de Cherán. De esta manera, Alvarado logra desarrollar una fructífera discusión que piensa los procesos materiales y los procesos de significación (histórica, política, cotidiana) de manera dialéctica, dando contenido a lo que se entiende como las dos dimensiones de lo comunitario-popular.

El último texto de este libro, “Defender el territorio, reinventar la política. La lucha de las comunidades maseuales del municipio de Cuetzalan del Progreso contra los megaproyectos del gran capital”, de Lucia Linsalata, constituye igualmente muy rica discusión del proceso de lucha contra proyectos mineros y de reconstrucción de lo comunitario-popular en Cuetzalan. La autora dibuja el conflictivo panorama en la sierra poblana, presentando el arduo proceso organizativo de las comunidades y discutiendo las prácticas de re-apropiación social de las riquezas comunes y de las capacidades políticas de decidir sobre sí misma/os. De manera muy convincente, Linsalata demuestra la complejidad espacio-temporal inherente a esos procesos, que implican, precisamente, la renegociación –y a menudo, transformación profunda– de los espacios y tiempos que rigen la vida.

Especialmente notable de la experiencia de Cuetzalan es la capacidad de las y los habitantes de “deformar” las políticas estatales, o de subvertir las relaciones estatales materializadas en sus instituciones. La autora muestra con gran claridad cómo esas instituciones están “entre” la sociedad y el estado, es decir, terreno y objeto de relaciones de fuerza y conflictos entre sujetos políticos antagónicos. Ante un cinismo espeluznante de parte de los diferentes niveles de gobierno mexicano, las y los habitantes desarrollaron una vasta gama de estrategias no sólo para resistir, sino para romper con las relaciones tradicionales de mando-obediencia, y también con la territorialidad impuesta por el estado, ya que han desbordado también los confines municipales, extendiendo su lucha a otros espacios.

Lo comunitario-popular en México: desafíos, tensiones y posibilidades cumple cabalmente con un doble propósito: el de dibujar un amplio panorama (nunca completo) de las luchas por lo común en el México contemporáneo, y el de mostrar la gran pertinencia de “leer” las luchas desde la perspectiva de lo comunitario-popular. La apuesta por un diálogo abierto (entre experiencias, entre maneras de abordarlas, etc.), que no está estructurado de antemano por un consenso teórico o una categoría analítica previamente acordada, sino por un compromiso, una sensibilidad política y un horizonte de emancipación *común* (mas no unitario), demuestra ser una propuesta de trabajo sumamente fructífera. Con todo, es un libro que nos permite pensar las diferentes luchas por la autonomía en su singularidad, así como su potencial de articulación con otras experiencias, sin caer en visiones románticas y/o esencialistas de la comunidad ni en simplificaciones en cuanto a la complejidad de las relaciones de explotación y dominación. En medio de un mundo al borde de la catástrofe, el “mirador” de lo comunitario-popular no nos ofrece esperanza, sino que nos sugiere comprender de cerca las luchas que producen concretamente condiciones para poder *esperanzar*.